

POR LOS CAMINOS DE EUROPA

ARTISTA DE LA LIBERTAD

Por Ignacio Martín-Baró

Nunca he sido demasiado entusiasta de la cultura y legado griegos. Sin embargo, una y otra vez compruebo que el contacto con lo griego despierta en mí una resonancia especial, como si algún pliegue de mi inconsciente dejara sentir su peso en esos momentos. ¿Estaremos en presencia de lo que Jung llamaría una «herencia prototípica»? No lo sé.

Melina Mercouri es una artista en plena madurez humana. Digo es, aun cuando haya abandonado los «plátos» cinematográficos para zambullirse en una lucha de carácter político: Melina recorre los países europeos, y sus exhibiciones —sol del arte, sombra de la demagogia— apuntan como espadas a la liberación de Grecia («élda», dice Melina), hoy bajo

la llamada «dictadura de los coroneles».

Aun en sus rasgos físicos, Melina es una mujer fuerte. Su belleza, sobriamente mantenida en el vestir, es una belleza expresiva más que decorativa. Asisto a una entrevista en que Melina lleva un traje negro, cerrado, con cuello casi clerical, un poco al estilo de Unamuno —y pienso que tiene que haber más de una profunda similitud entre nuestro austero vasco y la apasionada griega. ¿Será, tal vez, un «sentimiento trágico de la vida»?

Melina da unos pasos de danza, con la misma intensidad vital que Zorba. Se acerca al micrófono: su voz es una voz sin pulir, una voz cruda, algo terrosa diría yo. Pero poco importa, pues el canto va colgado más de los

matices emotivos que de la voz de Melina. Cantan sus ojos, canta su boca —boca ancha, siempre con un principio de sonrisa, mitad sencillez, mitad añoranza—, sus manos, su larga mata de pelo... Su brazo se extiende acusador, para replegarse entre indignado y muerto.

La palabra de Melina sabe ser violenta y comedida, acusadora y llorosa, implorante y judicial. ¡Qué bien suenan en sus labios esas palabras griegas, esos largos verbos, redondeados de sonoridad que tanto nos hicieron sufrir en el bachillerato! Melina pronuncia cuidadosamente. Sus respuestas no se hacen esperar: sabe lo que quiere y por qué lo quiere. Mujer de temperamento, pone toda su personalidad al servicio de una causa. Es difícil distinguir cuándo en ella

comienza el odio y cuándo empieza el amor. Pero Melina conoce las argucias de los entrevistadores, y sabe saltarse con elegancia las implicaciones personales que le lanzan. Y es que esta mujer, griega, que ha sabido encarnar como nadie en la pantalla el papel de Magdalena —la Magdalena de Kazantzaki—, transparenta esa elegancia sublime de la dignidad humana.

Melina canta y baila por la libertad de Grecia. «Democracia» —gritan los trabajadores griegos que la aclaman. Viéndola allá, sobre el escenario, vigorosa y profunda, vengativa y tierna, con todo su ser enervado por la tensión, el odio y el anhelo, yo pienso que la tierra griega se ha hecho carne, y grita su dolor —su tragedia— por los caminos de Europa.

Diano Reginal

4 - Junio - 1968